Javier Tusell
Memorialismo español: la visión de un historiador

Juan Salguero Triviño (presentador): La conferencia de esta mañana lleva por título "Memorialismo español: la visión de un historiador". Javier Tusell es historiador y, evidentemente, ése es el primer foco al que uno presta atención cuando quiere hacer un retrato, siquiera fugaz, para su presentación. Pero inmediatamente es necesario añadir que es –no sé si además o también- catedrático universitario, hombre político y periodista. Profundo conocedor de la Historia de este país, en especial en su último periodo, investigador riguroso y prolífico escritor, es autor de más de sesenta títulos de su especialidad. Entre el primero que publicara, en 1970 (*Segunda República en Madrid: Elecciones y partidos políticos*) hasta el más reciente, editado en abril de este mismo año (*Historia de España: la España actual [1982-2000]*), una larga relación de trabajos biográficos sobre diversos personajes ilustres, sobre el franquismo, la transición, la restauración, la monarquía o los gobiernos que se han sucedido en la última etapa de la democracia española, una democracia que, por cierto, él ha calificado en alguna entrevista como "de calidad mediocre". No sé si teniendo o no relación con esa percepción, otro título suyo recientísimo, *El gobierno de Aznar: Balance de una gestión (1996-2000)*, y otro más que me permito citar por cuanto me llama la atención su título: *Fotobiografía de Juan Carlos I*. Me hace pensar si no habrá incrementado Javier Tusell la nómina de géneros literarios, y si no nos habrá faltado en la cumplida relación de modalidades de la literatura autobiográfica que escuchamos en la primera mesa redonda de este congreso, la fotoautobiografía; pero dejo esta cuestión para que nuestro invitado nos la aclare si lo considera pertinente y ajustado.

Ha obtenido además algunos de los galardones más importantes que se otorgan en España en ensayo, biografía e Historia.

No sé si por este acercamiento intelectual, investigador y científico a la Historia y a la política contemporánea o a pesar de él, Javier Tusell entró en política militante a través de la Federación Popular Democrática, organización que abandonó en 1977 para ingresar en el Partido Demócrata Cristiano y después en la U.C.D. En 1979 fue elegido concejal del Ayuntamiento de Madrid y, poco después, fue nom-

brado Director General de Patrimonio Artístico. Desde esta responsabilidad, fue uno de los principales artífices de la vuelta a España del *Guernica* de Picasso, importantísimo rescate no sólo de una obra de arte magistral, sino de parte de nuestra memoria recobrada, a la que también se aludía antesdeayer en esta mesa. Precisamente, hace unos días se cumplían veinte años de este traslado, y la prensa se hacía eco del hecho.

La vertiente de periodista de Javier Tusell se pone de manifiesto en sus colaboraciones asiduas como articulista en prensa escrita y como contertulio habitual en programas de radio y televisión. Obtuvo el Premio Godó de Periodismo en 1999 por el artículo "Cuba y el final de la guerra fría", donde pedía una mayor implicación española en el tema cubano y donde, por cierto, se hacía referencia a las memorias (y ya entramos otra vez de lleno en el tema del congreso) como fuente de documentación del historiador. Decía en este artículo: "Para lograr esto, basta con extraer las enseñanzas de la Historia inmediata que están al alcance de la mano de todo el mundo. Éstas, además, figuran ya claramente en las memorias de los principales personajes que participaron en ese apasionante periodo de la Historia humana". Esta referencia a las memorias escritas como fuente de información y documentación, me permite destacar un rasgo que mencioné al principio de esta presentación, y que creo que caracteriza a Javier Tusell como investigador de la Historia política contemporánea: su propensión a huir del ensayismo y a optar por el método riguroso y la utilización de fuentes inéditas. Así, por ejemplo, en los estudios sobre el franquismo, para los que emplea memorias como las de Vega Latapía y Fernández Cuestas, apuntes íntimos de Franco, la correspondencia privada de don Juan o los diarios de Pemán, Cambó o Madariaga (todo ello, como puede verse, dentro de los géneros memorialísticos que hemos citado y comentado en este congreso).

Pero, volviendo al foco inicial de este retrato, hay que concluir de nuevo que Javier Tusell es fundamentalmente historiador. ¿Quién mejor para aportar "la visión de un historiador sobre el memorialismo español", como señala el título de la conferencia que nos ocupa? Con ustedes, Javier Tusell.

Javier Tusell: Como es natural, quiero empezar dando las gracias a quienes han hecho posible mi presencia aquí esta mañana. Ya os

habréis dado cuenta en esta amabilísima presentación de que mi intervención es un poco *apendicular*, porque mi enfoque no es el de una persona dedicada a la literatura, sino la de un historiador para el que -eso sí- a la hora de hacer Historia Política, juegan un papel fundamental las memorias, los diarios íntimos, la correspondencia...

En mi intervención voy a procurar aportar, en primer lugar, una explicación de carácter general, un poco metodológica, de lo que significa la memoria para el historiador; voy a poner en relación, especialmente, las memorias como género literario con la biografía; voy a tratar de explicar cómo los historiadores habíamos olvidado la biografía y las memorias y las hemos recuperado; y voy a poner algunos ejemplos de cómo los historiadores utilizamos las memorias de los personajes políticos y las de unos individuos que suelen tener una vida mucho más rica: los intelectuales, los escritores.

Ayer se hablaba aquí de la memoria como autoconciencia de la Historia, muchas veces también como crítica de la Historia. Hay un texto famoso de Stendhal –me parece que en *La Cartuja de Parma*- en donde un personaje presencia la batalla de Waterloo desde un campo de coles, y para él la batalla es ese campo de coles. Hay una mixtura entre lo individual y lo colectivo que aparece en la escritura memorialística, pero que al historiador, como científico, le sirve para reconstruir el pasado. La memoria es esencial para esa reconstrucción del pasado; pero no sólo la memoria. No *una memòria*, sino varias memorias: memorias situadas desde diferentes puntos de vista temporales. Se suele decir que el historiador es el científico de la memoria. Y es verdad, pero tan sólo una parte de la verdad: el historiador utiliza la memoria, pero también utiliza la imaginación. La imaginación es fundamental para un historiador, porque tiene que reconstruir no sólo lo que fue, sino lo que pudo haber sido. Y esto no significa fabular otras opciones que no se dieron, sino restablecer que, a partir de un momento determinado, las cosas pudieron ser diferentes. Es lo que los historiadores llamamos *la Historia virtual.* Pero es una Historia que forma parte de la Historia; es decir, un historiador siempre se tiene que preguntar: "¿Qué hubiera sucedido si...?". Y, al hacerlo, no está fabulando como un literato, sino que está tratando de reconstruir como un científico, como un biólogo.

Hay una conocida conferencia del gran historiador británico Trevor-Roper que versa sobre este tema, "Historia e Imaginación", y

hace en ella el siguiente futurible –un caso de Historia virtual que nos afecta directamente-: "¿Qué habría sucedido si Franco hubiera entrado en la Segunda Guerra Mundial?". Evidentemente, todo habría sido mucho más complicado para los anglosajones. Su fuerza económica y material se habría impuesto al final, y la guerra habría sido ganada por quienes la ganaron, pero se habría tardado más y quizá –dice Trevor-Roper- la bomba atómica hubiera tenido que ser utilizada en Europa. Probablemente, Berlín no existiría. Esto es un poco alambicado, pero el historiador tiene que juzgar.

Un libro de hace un par de años, de Niall Ferguson, explica muchas posibilidades como ésta. Por ejemplo, en una Historia como la española, ¿hubiera podido evitarse la guerra civil? ¿Cuándo? ¿Y a partir de qué momento no era ya posible evitarla? Los historiadores empleamos la memoria, pero tenemos que utilizar también la imaginación.

En segundo lugar, otra reflexión. La memoria individual la tenemos que utilizar, obviamente. ¿Por qué se escriben memorias? La memoria individual sirve para poseer más plenamente lo que uno hizo, lo que uno vivió. Es como un ejercicio final de posesión de la propia vida; pero también es un ejercicio, en parte ético y en parte lúdico, que transmite la posesión de la propia vida hacia los demás. Eso se puede hacer por ajuste de cuentas, por legítima defensa, se puede hacer con ironía, se puede hacer desde el punto de vista del simple disfrute. Ahora bien, esa memoria individual le sirve al historiador, cruzando las fuentes, cruzando los documentos, cruzando las experiencias contradictorias de los personajes, para reconstruir la realidad. Las experiencias son a veces tan contradictorias que hay memorias en la Historia de España que se confrontan incluso desde el mismo título: Gil Robles escribió *No fue posible la paz*; pues Joaquín Chapapietra, que había sido ministro con Gil Robles, escribió un libro de título exactamente contrario, *La paz fue posible*. Y, por supuesto, se despellejan los dos personajes.

Memorias individuales, entrecruzamientos de experiencias... De ahí se tiene que decantar la verdad. Pero también está la memoria colectiva. Y la memoria colectiva –objeto de creciente interés por parte de los historiadores- es otra asunto: es algo que cambia con el tiempo, que nos cambia a los seres del presente. Y, además, cuando explicamos cómo ha sucedido tal cambio, explicamos qué ha pasado. No es un recuerdo individual, ni siquiera es la suma de los recuerdos individua-

les: es la imagen cambiante del pasado. En ese sentido, la memoria colectiva es esencial para comprender la Historia. El ejemplo más evidente es la memoria de la guerra civil, una memoria cambiante a través de las generaciones. En un libro muy interesante sobre ello, de Paloma Aguilar, se dice que en un principio la guerra civil fue el elemento fundacional del régimen de Franco. Pero con el transcurso del tiempo, sobre todo a mediados de los años 60, la memoria colectiva de la guerra civil se convirtió, sobre todo, en un acontecimiento a evitar, en una tragedia a exorcizar. Y esto jugó un papel decisivo durante la transición, pendió como una espada de Damocles sobre la clase política e hizo temer la recaída en un nuevo enfrentamiento. De esa manera, el cambio de la memoria colectiva sobre la guerra civil, un factor trágico en nuestra Historia, jugó un papel positivo.

No hay una sola memoria colectiva: hay muchas. Hay memorias colectivas que, en parte, son invenciones. Por ejemplo, en el País Vasco existe la memoria colectiva de la resistencia unánime a Franco, la visión del vasco como *gudari* frente al Régimen, cosa que no es verdad, porque hubo vascos franquistas, evidentemente. Esas memorias, en parte, pueden recrearse. Los historiadores hablamos, para el caso de las identidades colectivas, de la invención de las tradiciones. Las naciones se inventan a sí mismas en un elevado porcentaje. La sardana era un baile de una comarca de Gerona; se convirtió en baile nacional. Igual ha sucedido en el caso de España.

Pues bien, las memorias colectivas se pueden construir, y eso vale, por ejemplo, para la memoria colectiva de la transición. De alguna manera, se ha creado una identidad colectiva, aunque quizá se ha hecho de una forma insuficiente.

Memoria e imaginación. Memoria individual y memoria colectiva. Un tercer aspecto que quería tratar es el de memoria y tiempo presente. Se piensa muy a menudo que la Historia es la ciencia del pasado, la ciencia que se basa en una memoria de lo remoto. Pero no lo es propiamente: es una ciencia que trata de los hombres y de su cambio en el transcurso del tiempo. Por eso, se puede referir a lo relativamente reciente. Es lo que algunos historiadores han llamado la Historia del tiempo presente: sencillamente, la Historia que ha vivido una persona en su trayectoria biográfica. Es la Historia que puede tener mayor influencia sobre el futuro, la que proporciona una mayor densidad de datos para juzgar sobre el presente o para emitir juicios mora-

les. Una persona que parte de los juicios de la Historia del presente puede juzgar con más densidad de conocimientos ese presente que una persona que no parta de ellos. Es en el tiempo presente donde nos encontramos especialmente esas memorias, donde nos encontramos condensada la experiencia vital, biográfica, de una persona. Con ella, y pudiendo además contrastarla con la documentación y con otras experiencias puramente orales, el historiador reconstruye ese pasado.

Ahora bien, todo esto tiene que ver con un gran problema del historiador: el papel de lo individual en la Historia. La Historia que se hacía a finales de los 60 y principios de los 70 se preocupaba sobre todo de las estructuras y de lo que se llamaba *la larga duración* -la *longue durée*, que decía Fernand Brodel-. Brodel, con un lenguaje literariamente muy bello, decía que existe una Historia de los acontecimientos, que es como ese polvo que se ve flotar en el aire cuando hay una luz lateral; pero el polvo no es nada, desaparece. Esa Historia de los acontecimientos (él decía Historia *évenementielle*) es lo menos interesante. Cuando Brodel escribió un libro sobre Felipe II, lo tituló *El Mediterráneo en la época de Felipe II*. Cuando otro historiador francés de su época escribió una biografía de Lutero, le dio *pudor* hablar exclusivamente de Lutero y puso a su obra un título como *Martín Lutero y el problema de la increencia en el siglo XVI*. Escribió también un libro sobre Rabelais, y el título era semejante. Es decir, ha existido una especie de *pudor* en los historiadores ante lo individual. Es un problema seguramente de índole filosófica y de índole metodológica esencial, pero que quedó resuelto, curiosamente, en un texto que me parece maravilloso, de un escritor del siglo XIX: Alexis de Toqueville. Señaló algo básico para descubrir cuánto significa el peso de lo individual en la Historia. Decía Toqueville en *La democracia en América*:

> "Estoy convencido de que, entre las mismas naciones democráticas, los vicios y las virtudes de ciertos individuos retrasan o precipitan el curso natural de los destinos de un pueblo. Pero esta especie de causas fortuitas y secundarias son infinitamente más variadas, más ocultas, más complicadas, menos poderosas y, por consecuencia, más difíciles de descubrir y de seguir en épocas de igualdad que en los siglos aristocráticos en los que se trata de analizar, entre los hechos generales, la acción particular de un hombre o de algunos de ellos".

Y luego viene la apelación al historiador para que se fije en lo individual:

> "El historiador se cansa pronto de tal trabajo; su espíritu se pierde en medio de este laberinto y, no logrando llegar a advertir claramente y a sacar suficientemente a la luz las influencias individuales, las niega. Prefiere hablar de lo natural de las razas, de la constitución física del país o del espíritu de la civilización [o de la lucha de clases –agrego yo-]. Esto abrevia su trabajo y, a menos precio, satisface mejor al lector".

Sigue Alexis de Toqueville:

> "Lafayette dijo en alguna parte de sus memorias que el sistema exagerado de las causas naturales procuraba maravillosas consolaciones a los hombres públicos mediocres".

Y yo añado que proporciona admirables consolaciones a los historiadores mediocres. Les suministra siempre algunas importantes razones que les alejan prontamente de los asuntos en el lugar más difícil de sus libros, y favorece la debilidad o la pereza de su espíritu, aunque parezca hacer honor a su profundidad. Es decir, el olvido de lo individual en la Historia parece una muestra de inteligencia, puesto que remite a causas generales, pero Toqueville nos descubre que esto no sólo no es así, sino que es exactamente lo contrario. Lo individual tiene un peso fundamental en la Historia y, en ese sentido, quizá tengamos que volver hacia atrás.

En relación con esto, quisiera señalar hasta qué punto el retorno de la biografía tiene que ver con esa tendencia, también relativamente reciente, a los escritos que se centran en lo individual: escritos de memorias, dietarios, etcétera. Claro está, ha habido países que han tenido siempre una tradición paralela de literatura memorialística y literatura biográfica. Quizá por un reflejo empirista -que está muy vinculado con su tradición-, quizá por una propensión hacia el elitismo, las biografías y las memorias son una parte considerable de la literatura británica. El número de biografías de Churchill, por ejemplo, es infinito. Tal vez también ese elitismo y ese empirismo tenían especial sentido en el siglo XIX: la Historia como la labor de los grandes personajes, de los grandes hombres. Un historiador del XIX, Leopold Ranke,

hizo la siguiente definición del papel de esos grandes protagonistas en la Historia: "Los hombres retratan y representan a su tiempo. Dejan su huella en él y contribuyen a marcarle el rumbo por la fuerza de su impulso innato e interior". Esto, que valía en el siglo XIX, que siempre ha valido en la tradición británica, lo hemos abandonado los historiadores, o por lo menos lo hemos olvidado durante algún tiempo.

Hay también una tradición anti-individualista, anti-biográfica, poco propicia a considerar el papel del individuo, el papel, por lo tanto, de las memorias y de las biografías. Un historiador muy prestigioso de los años 70 y 80, ya desaparecido, Edward Hallet-Carr, de una forma muy sarcástica, dijo que la Historia del siglo XIX había sido la Historia de los individuos pero que, en el fondo, el individuo es un fenómeno social, y que quien pretendiera mantener el papel de lo individual en la Historia, era partidario de lo que él llamaba *la nariz de Cleopatra*. Parece que lo que sedujo de Cleopatra a Marco Antonio y a Julio César fue precisamente su nariz; y Carr ironizaba acerca de los que piensan que una nariz –una nariz o un personaje- puede cambiar el rumbo de la Historia. En el fondo, decía lo mismo que Brodel, lo mismo que Lucien Fevre. En esa época, la ironía sobre las biografías o sobre el papel de lo individual en la Historia llegaba a ser devastadora. Una historiadora especialista en el Partido Comunista Francés, Annie Krigel, dijo: "Esta Historia hecha a base de biografías es una Historia de *petit point*". O sea, una faena casera, más bien de ama de casa estólida. Hacer biografías, venía a decir, es algo que carece de sentido.

Pero esto cambió a partir de una fecha que se puede dar incluso de forma precisa: cambió en Francia a finales de los 70. Ya en los años 80, fue un gran éxito literario e historiográfico una biografía que, curiosamente, trata de un personaje *imbiografiable*: Guillermo el Mariscal, un noble del siglo XIII sobre el que existen poquísimos documentos. Pero Guillermo el Mariscal es un personaje que, en un momento y en un contexto, significa mucho: un personaje que crea una circunstancia y que supone un giro cardinal en la Historia de Francia. Y, aun siendo biografiado en un libro poco extenso (porque no había más que se pudiera saber de él), supone el retrato de un momento de la Historia de Francia y de la Historia humana. Es muy significativo que seis años después, en 1990, cuatro historiadores contemporáneos españoles escribiéramos sendas biografías. Ese año aparecieron la biogra-

fía de Santos Juliá sobre Azaña, la de Pepe Álvarez Junco sobre Lerroux, la de Julio Aróstegui acerca de Largo Caballero y la que yo escribí sobre Jiménez Fernández. Es decir, hay un cambio. ¿Es ese cambio una moda? Por supuesto, nuestras fuentes, como las de todos los historiadores franceses, eran las que aquí se han abordado: los diarios, las correspondencias personales, las memorias... Pero, ¿era sólo una moda?, ¿suponía únicamente que nos movíamos con el mismo viento que nos soplaba desde Francia? Evidentemente, no. Era un cambio de clima espiritual, que tenía mucho que ver con la proliferación de escritos memorialísticos procedentes del mundo de la literatura.

Desde el punto de vista de la Historia, existía lo que poco después se denominó *la agonía del meta-relato*. Suena bastante pedante (y lo es). Significa, sencillamente, la desaparición de esas pretensiones de interpretaciones a base de causas generales, como decía Toqueville, interpretaciones globales de la Historia de la Humanidad que, además, señalaban con el dedo qué había que hacer. Por ejemplo, estaba la no aceptación de los esquemas intelectuales del marxismo, que en la historiografía había tenido una enorme influencia.

También desde el enfoque de los historiadores, existía la superación de esa idea de que lo fundamental eran las estructuras y de que, por lo tanto, lo esencial eran los números. Hubo un momento en que se dijo: "La Historia o será cuantitativa, o no será". Esto es, o hacemos la Historia a base de numeritos y curvas, o no habrá Historia, porque no será científica. Se llegó a decir más: que el historiador del futuro –y hablamos de los años 80, en los que los ordenadores todavía no eran algo habitual- o sería programador o no contaría como historiador.

Pero no sólo esto; es que en esa época se produce lo que Lipovetsky ha denominado *la segunda revolución individualista*. Quiere decir no sólo que hay una literatura cada vez más centrada en lo individual, en la experiencia de la vida propia, sino que esa segunda revolución hace renacer la biografía. Hay un clima intelectual que hace que renazca, y que tiene mucho que ver incluso en el modo de escribir la Historia. Es decir, en un momento pasado a los historiadores nos pareció que nuestros libros no tenían por qué pertenecer a un género literario, sino que más bien debían asemejarse a los libros de los sociólogos o de los economistas. Por ejemplo, los historiadores que, como yo, nos dedicábamos a la Historia de la Política, hacíamos sociología electoral histórica, pero no se nos ocurría elaborar la biografía de un per-

sonaje político. Pues bien, a partir de ese punto volvimos a lo individual (y no es que lo otro fuera falso, sino que nuestros intereses se trasladaron hacia lo individual), y volvimos también a la consideración de la Historia como un género literario. O sea, "no me dé usted tanto numerito ni tanto cuadro, no se ponga pesado y, en cambio, explíqueme bien una situación, explíqueme ese juego del hombre común, del hombre excepcional, practique usted la empatía con el personaje político del inmediato pasado". Porque, en el fondo, hacer biografía es ponerse en el lugar del que escribe memorias; es procurar asumir y, al mismo tiempo, criticar. Y en la biografía la técnica de la empatía con el personaje es absolutamente fundamental.

También se debe tener en cuenta al escribir biografía lo que hacen los memorialistas. Hay que tener en cuenta, por ejemplo, el proyecto de vida, el mito personal, las crisis vitales. Es esencial ver qué significan los acontecimientos públicos para los personajes: un acontecimiento enorme puede ser mínimo para un personaje, y al contrario, un *acontecimiento monstruo* –como llamamos los historiadores a acontecimientos como el del pasado 11 de septiembre, por ejemplo- puede ser para él intrascendente. Y, luego, hay tipos humanos que se repiten, personalidades que no son muy significativas en una época pero que *despiertan* hacia otras. Esos personajes, que aparecen así en sus propias memorias, un historiador que sea biógrafo tiene que descubrirlos también como tales.

Así nació una nueva biografía que tiene mucha relación con las memorias. Una biografía que no tiene nada que ver con lo que podríamos denominar el *plutarquismo heroico* (Plutarco, las *Vidas paralelas*, las personas ejemplares...), ni con esa especie de panteón de modelos a evitar, sino que viene a representar un panel de comportamientos interesantes, la seducción de otras vidas posibles, diferentes de la propia. Puede que no se trate de individuos de gran relevancia: pueden ser políticos de segunda fila, o intelectuales poco conocidos en su tiempo... Ya ven hasta qué punto esa biografía se vincula con la escritura memorialística.

Se ha dicho que en España tal literatura no es frecuente. Lo dijo Ortega, y tenía razón, pero sólo hasta cierto punto: entre otras cosas, él mismo dirigió una colección de biografías, y llamó la atención sobre el interés del género. Ortega decía –y su gran antagonista, Unamuno, también dijo algo parecido- que el drama que se dispara

entre el hombre y el mundo es uno de los más interesantes. Y hablaba de la experiencia de la vida como conocimiento transmisible. Existe un potencial en la tradición cultural española que puede servir para el cultivo de la biografía. La frase de Unamuno es todavía más expresiva; en un artículo publicado en 1913 dice lo siguiente:

> "No creo que haya nada que nos produzca más íntima y recogida emoción que el recorrer los papeles, las notas, las cartas de un hombre que de veras haya vivido. No es menester que sea un gran hombre -lo que llamamos un gran hombre-; basta que sea sencillamente un hombre que vivió y pensó en vida, aunque ésta transcurriera en el más oscuro y apacible retiro".

Es decir, que efectivamente existe una tradición en el mundo intelectual español que da sentido a la biografía y la pone en paralelo con la literatura memorialística. Por supuesto, tiene peligros (y ya no me refiero tan sólo a la tradición española, sino a la tradición biográfica universal): el peligro de la seducción del personaje, por ejemplo. Hay un determinado momento en que por real decreto tendrían que ser prohibidas las biografías de Azaña, porque es tan seductor que es casi inevitable escribir una biografía después de haberle leído. Pero para no decir nada nuevo, o para decir peor lo que se ha dicho con anterioridad, mejor callarse.

Está también la tentación contraria: la biografía *crucificadora* del biografiado. Óscar Wilde decía que todo gran hombre tiene sus discípulos, y que es siempre un Judas quien escribe su biografía. Puedo contar un caso: a Enrique Tierno Galván lo ha biografiado César Alonso de los Ríos, quien después de haber sido su discípulo, amablemente le clava un cuchillo en el omóplato izquierdo.

La biografía tiene un problema común con la literatura memorialística. Un político británico que, siguiendo la tradición nacional, ha escrito unas excelentes memorias, Roy Jenkins, dice que los actos y las palabras son sólo una parte mínima de un hombre, que no son más que los vestidos, y que la verdadera vida de un hombre no puede ser escrita. Es verdad; pero es que no puede ser escrita ni siquiera por él mismo, porque un hombre es también cómo le ven los otros y porque, además, hay algo inefable en una vida humana que no puede aparecer en un texto. Sin embargo, la tensión hacia la biografía, hacia el descubri-

miento del papel de lo individual en la Historia, es una tensión a la que hay que aspirar; hay que procurar alcanzar esa meta utópica, porque es difícil encontrar un procedimiento mejor para mostrar la vinculación entre el pasado y el presente, entre la memoria y el proyecto individual, entre el individuo y la sociedad en la que vive. Incluso es muy difícil encontrar otro procedimiento para mostrar cómo el tiempo va transformando las vidas. Es decir, que la biografía, aun siendo imposible en última instancia, resulta un esfuerzo necesario.

El resto de mi intervención quisiera que versara sobre esa literatura memorialística española. No voy a hablar, a partir de este momento, de biografías, sino de memorias. Y trataré de demostrar cómo la literatura de memorias es un elemento esencial para el historiador, para reconstruir el pasado.

Hablemos de memorias de políticos. La del político es una vida volcada hacia lo externo, una vida que en el fondo es menos interesante, menos rica, pero que, indudablemente, puede influir mucho más en lo colectivo. Y es en este mundo donde se aprecia más la ausencia de una tradición. En Gran Bretaña, un político es juzgado por su trayectoria, pero también por la obligación que tiene de escribir unas buenas memorias, con buenas citas, y elaboradas única y exclusivamente por él mismo. Churchill –que era de procedencia aristocrática- a partir de determinado momento, vivió del dinero que le proporcionaban sus libros de memorias. Y consiguió nada menos que el Premio Nobel Eso, en parte, sucede también en los Estados Unidos: cualquier presidente norteamericano sabe que va a ganar mucho más dinero cuando publique sus memorias (que son unas memorias ayudadas, no unas memorias individuales), una vez que haya concluido su presidencia. En España no pasa. En España hay políticos que consideran más lógico no escribir sus memorias, y dicen: "porque si yo contara...". Pero luego hablas con ellos y te das cuenta de que se les ha olvidado casi todo.

Existen también personajes que fabulan tanto su pasado, que han escrito tanto sobre él y han mentido tanto, que ya no distinguen la verdad de la mentira. Su propia trayectoria, además, está construida a base de mentiras sucesivas. Hay un caso que, por otro lado, no sólo induce a la piedad sino que, además, explica al personaje: el de Serrano Súñer, que está siempre escribiendo memorias o libros de conversaciones. Hay algo de patético en eso, porque no sólo miente, sino que

quiere dar cuenta de una evolución. Es un personaje intelectualmente superior a Franco, pero que contribuyó a crear la Dictadura, que luchó contra la monarquía, y que luego *se convirtió* en monárquico.

Los personajes que tienen una cierta densidad intelectual pero que han estado en la política son quizá los más interesantes. Es difícil encontrar unas memorias mejores que las de Dionisio Ridruejo. Cuando habla, por ejemplo, del *numantinismo* del régimen de Franco y de la propia sociedad española a mediados de los 40, yo creo que lo que pretende es acuñar un término ideal para explicar una situación histórica.

Hay también personajes que son intrascendentes pero que constituyen el perfecto retrato de una época: la traición del ayuda de cámara, los diarios-memorias de Francisco Franco Salgado-Araújo sobre su primo... Ni una persona de extrema izquierda escribiría una cosa más cruel respecto al régimen franquista.

Y están las anécdotas de personajes muy adictos al Régimen, como, ya en el tardofranquismo, la escena patética que cuenta en sus memorias el que fuera ministro, Silva Muñoz: va en un coche, en un viaje oficial con Franco, y de repente éste se le derrumba encima; el ministro de Obras Públicas no sabe si se ha muerto o si está, sencillamente, dormido, y pasa varios minutos así, con el cuerpo de Franco empujándole. Luego, no se había muerto.

Están además los personajes inteligentes pero malintencionados, como Gonzalo Fernández de Mora, probablemente el monárquico más entusiasta en determinado momento, y la persona que en sus propias memorias ataca de una manera más dura al actual rey de España. Están las memorias de Girón, que se titulan *Si la memoria no me falla* (que le falla, le falla totalmente), hechas por una persona de otra generación, y que le presentan de una forma diferente a como era. Están los escritos de Areiza, siempre elegantes, pero que a base de elegancia son falsos también. Areiza es más veraz cuando publica sus diarios que en las memorias, porque en éstas queda bien con casi todo el mundo (por no decir con todo el mundo).

Las memorias dan datos, desde luego pero sobre todo, inevitablemente, describen al personaje, incluso cuando el personaje no quiere de ninguna manera ser descrito. Incluso cuando se es un pesado. Las memorias más plomizas de la Historia del Universo son las de López Rodó: memorias que se depositan en capas de plomo, sencillamente; memorias que proporcionan una inmensidad de datos, pero puestos

uno detrás de otro. Yo tuve una experiencia curiosa con esas memorias porque no sólo las leí sino que *las escribí*. La editorial me pidió que podara cuanto pudiera, y yo le cortaba páginas enteras al señor López Rodó, con el que de vez en cuando hablaba. En una ocasión le dije: "Tiene usted que poner aquí unas conclusiones". Él me contempló con una mirada totalmente desorientada y me dijo: "¿No me las podrías escribir?" Y las escribí, y así se han publicado. O sea, que no sólo he leído esas memorias, sino que las he escrito.

Un ejemplo de los que se describen sin querer lo encontramos en las memorias de Fraga. Dice al principio: "No tengo la tentación del detalle". Por supuesto que no la tiene, pero se describe. Un malintencionado miembro de su partido me comentó en una ocasión que uno de los párrafos más sorprendentes de las memorias de Fraga es aquél en el que dice: "Ayer se murió mi madre". Punto. Y sigue: "Hoy comimos estupendamente en Lalín". Son las memorias de una persona arrebatada, apresurada, una persona que, desde luego, no se preocupa de los detalles. En Lanzarote, desde lo que se llama el Mirador del Río, se ve una isla de arena pequeña, alargada, la Isla Graciosa. Es un volcán inmenso, y se ve todo el Atlántico. Pues cuenta Fraga que se subió al volcán y que inmediatamente planeó no sé cuántas urbanizaciones, y añade: "Claro, me fui y no hicieron nada". Bendito que se fuera, ¿no?.

Pero muchas veces (y sobre todo eso ha versado especialmente este congreso) las memorias de los intelectuales son más interesantes -incluso para la propia política- que las de los personajes políticos. Voy a hacer alusión a unas cuantas, y me voy a tomar la licencia de no mencionar las de las personas que han intervenido aquí, y ello por una razón obvia: como voy a interpretar, no quiero ser desmentido en público. Sería tan incómodo para el desmentido como para el desmentidor.

Esas memorias de intelectuales dan a la narración una densidad de mirada, una luz especialísima que la hace mucho más atractiva que la narración de acontecimientos que pueda hacer un político. Citaré, no obstante, a un último personaje político: Santiago Carrillo. Es muy difícil encontrar en sus memorias el pálpito de lo humano; pero hay dos páginas que dan una visión histórica fundamental, en donde sí se nota ese pálpito. Es un pasaje que, además, no ha sido muy recalcado: hay un momento, cuando le detienen y le quitan la peluca, en que se da cuenta de que los comisarios que le han detenido no le van a hacer nada, que no lo van a matar ni a maltratar; pero lo cambian de

comisaría, y en esta segunda lo desnudan, no porque piensen que lleve armas, sino únicamente por humillarle. Cuatro policías dejando desnudo a un hombre de sesenta y tantos años sólo para humillarle. Eso es una clave esencial de la transición; es humana e históricamente mucho más significativa que la desaparición de la bandera republicana.

Volvamos a los intelectuales. Las memorias de Fernando Fernán Gómez, por ejemplo. Hay una frase suya sobre la República que es una definición perfecta: "Todo estaba dominado por la política". Y, efectivamente, era así. Uno lo puede explicar desde el punto de vista de la afiliación a los sindicatos, a los partidos políticos, la pasión con que se vivían las elecciones... Esa movilización política en un país que había estado desmovilizado antes, y que lo estuvo después, es quizá lo más fundamental de la Historia de tal experiencia democrática. Sobre julio de 1936, Fernando Fernán Gómez dice: "Si todo el mundo pensaba que iba a ocurrir algo, nadie se imaginaba que aquel algo iba a resultar lo que luego resultó". Ese sentido de la inminencia, de una electricidad que pasa por la atmósfera es enormemente expresivo. Y en 1939, concluida la guerra civil, Fernán Gómez transcribe una conversación con una señora de su familia, que ha decidido hacer unas novenas a San José para que acabe la guerra. La pregunta de la señora es: "¿Pero tú crees que esto verdaderamente ha terminado?". Había concluido la guerra civil, pero la división entre vencedores y vencidos estaba destinada a durar muchísimos años.

Las memorias de Cela hay veces que son enormemente descriptivas de una realidad. Por ejemplo, él dice: "En una zona se mataba por lista, y en otra zona por pálpito". Es una frase excelente. Los que mataban *por lista* eran los que ganaron. Yo he visto alguna de esas listas de afiliados a la C.D. en Madrid; les ponían una cruz según los iban localizando. Los otros mataban *por pálpito*; pero, claro, se es menos efectivo que *por lista*, dentro de esta monstruosidad. Hay también elementos autoconmiserativos en las memorias de Cela, como cuando dice: "Los que teníamos veinte años por aquellas fechas fuimos los grandes estafados". ¿Fueron los estafados, o fueron ellos los que estafaron a los otros? Quiero decir, que dentro de esa generación, incluso los intelectuales, unos se hicieron falangistas y otros, comunistas. El juicio es, cuando menos, discutible. Pero sí es verdad lo que dice acerca de las responsabilidades: "Entre medio centenar de locos y dos millones de aventureros, metieron en cintura a veintiocho millones de

españoles". Hay algo en las guerras civiles que hace que la barbarie se traslade por círculos concéntricos; los responsables originales son pocos, pero la barbarie acaba afectando al conjunto de los españoles.

En cuanto a las memorias de Ayala, hay un párrafo precioso y definidor de lo que vendría tras la guerra, de la dictadura, donde emplea sucesivamente calificativos: "Lo de Italia era grotesco; lo de Alemania era siniestro; lo de Argentina era abyecto; pero el franquismo era la dictadura de la cursilería pretenciosa". No sé qué calificativo podría ser más cruel que éste. Ayala describe también a esas personalidades del mundo intelectual liberal que de repente aparecen en una postura grotesca, como puede ser García Morente. Ayala habla del *disloque* de esas personalidades. García Morente, gran liberal, se torna en un defensor de la hispanidad, y no sólo se convierte al catolicismo, sino que se hace cura. Y -dice Ayala- "se entregó a una felicidad prenatal". Esto es verdad, pero es que es la verdad de muchos. Si uno lee la prensa de aquella época, se encuentra con concejales de izquierdas convertidos en agustinos. Algo de auténtico hubo en eso, aunque fuera grotesco.

La interpretación que Marías (otro memorialista que merece la pena leer, sobre todo en el primer tomo de sus memorias) hace de Morente se parece a la de Ayala. Refiere que "se excedió en su humildad". Pero Marías tiene también retratos extraordinariamente bien trazados. Por ejemplo, el de un militar que le pregunta: "Y usted, ¿qué era?". Marías había estado con Besteiro en la zona republicana hasta el final, y la pregunta del militar venía a significar que, cuando se había perdido, ya no *se era* algo: se había dejado de ser muchas cosas, entre otras cosas se había perdido la propia profesión. Dice también Marías que "lo que les faltó a los vencedores fue cierta eficacia y una dosis de generosidad". Generosidad, no tenían ninguna; y que les faltó eficacia, es cierto: basta analizar la catastrófica política económica de la posguerra.

Un aspecto preocupante es el de los vacíos. Ha quedado mucho de la memoria individual de los primeros tiempos del franquismo, incluso mucho de los años cincuenta, pero ha quedado mucho menos de la memoria individual, y de la colectiva también, de los años finales del franquismo. Sin embargo, Román Gubern, dice en sus memorias algo muy divertido, comparando el cine que entonces se hacía en Madrid con el de Barcelona: "Los de Madrid eran pesadísimos: siempre había una mujer, más bien fea, que se enamoraba apa-

sionadamente, inmediatamente se quedaba embarazada y había una gran tragedia. Y en cambio, Barcelona era Teresa Gimpera". Es decir, una rubia casi europea que no tenía nada que ver con lo otro. Por eso a los de Madrid los llamaban "los mesetarios".

Mencionaré dos últimas memorias. Primero, las de Barral. Las memorias de Barral descubren verdaderas categorías históricas. El primer tomo se titula *Años de penitencia*, años -se podría decir- de autoflagelación (recuerden lo de García Morente). Barral mismo describe a su generación universitaria como una generación "de abatidos y de mangantes". Años siniestros. Luego tiene otra categoría para juzgar los años que vinieron a continuación, los años cincuenta, esos acomodos y esos relativos alivios de los cincuenta y principios de los sesenta. *Alivio* era una palabra excelente para describir lo que sucedió entonces en el franquismo. Apertura, no; más libertad, desde luego, no; más tolerancia, quizá sí; pero la palabra *alivio* es la que mejor define el franquismo a partir de 1956. Barral cuenta una anécdota muy divertida de Vargas Llosa presentando ante la censura uno de sus libros (creo que se trataba de *La ciudad y los perros*), y un personaje que entonces llevaba ese tema -el cuñado de Fraga, Carlos Robles- comentándole: "Es que no se da cuenta que dice usted unas cosa que no se pueden decir. Dice usted aquí 'El general con su cara de cetáceo'. Eso no se puede decir: ponga usted 'ballena'." Y puso "ballena", y el libro fue aprobado por la censura.

Las memorias de Marsillach son unas memorias muy fáciles de leer, muy divertidas, a veces un poco canallas en la forma de tratar a las mujeres. Tienen un enorme interés incluso desde el punto de vista político, y tienen la ventaja de que tratan también de los años sesenta. Por ejemplo, se descubre en ellas cómo en las luchas entre un sector y otro del Régimen, Fraga empuja a que se haga aquella famosa versión del *Tartufo*, y le anuncia a Marsillach: "Oiga, y apresúrese usted a hacerla, porque a lo mejor puede haber una crisis y me pueden echar". Y se apresuró, y luego no pudieron prohibirla. Marsillach, que es muy irónico, a veces traza magníficas descripciones de personajes políticos también. Dice: "Fraga, de cerca, gana bastante". Es lo único que dice de Fraga. Y de Pío Cabanillas dice algo que es exactamente la reproducción de lo que yo sentí con este personaje: "Siempre tuve la sensación de que quería decirme algo fundamental, pero al final no me enteré de qué". Ésa es puntualmente la sensación que tenía uno tratando a Pío Cabanillas.

Y concluyo. Ya ven ustedes cómo la tarea del historiador tiene bastante que ver con el mundo de las memorias. El historiador es una especie de hurón que también debe buscar lo individual, y que lo descubre. Lo descubre en las correspondencias, en los documentos; lo descubre a veces en lo más inesperado. Yo *descubrí* al almirante Carrero Blanco, uno de los personajes sobre los que he escrito biografías, por un libro que tenía su hijo. Era un libro de Vázquez de Mella, es decir, la derecha integrista religiosa de siempre. Se lo había dedicado el autor al padre de Carrero Blanco. Y yo creo que el retrato de Carrero Blanco es eso: un señor a quien su padre regaló un libro de Vázquez de Mella porque era de Vázquez de Mella. A veces, los personajes son inaprensibles, pero el ambiente los describe, y lo que nos llega a través de las memorias de los otros contribuye a ofrecer sobre ellos una imagen. Y, si uno es capaz de reconstruir -a través de la biografía, con todas esas fuentes- las vidas individuales, en el fondo no está reconstruyendo únicamente esas vidas, o su influencia en lo colectivo: en el fondo, está reconstruyendo la vida colectiva y, por lo tanto, está haciendo Historia.

Público: A lo largo de este congreso, hemos estado oyendo a distintos ponentes. En primer lugar, al señor Sampedro, que nos estuvo contando cómo se enfrentaba a una determinada época, y cómo a partir de ella introducía en sus textos a los personajes que le interesaban; después, Castilla del Pino nos ha explicado cómo se enfrentaba él a su autobiografía tratándose a sí mismo, en cierto modo, como un caso clínico; ayer por la tarde, el profesor Cruz nos hizo una exposición muy interesante sobre el cambio de soporte, vino a decir, entre otras cosas, que ahora, a través de la informática, de Internet, etc., se está construyendo un *macropresente*, donde lo anterior (todas esas películas históricas, las novelas, etcétera) se está constituyendo como un todo, en donde hay un aparente desorden a partir del cual la gente saca las conclusiones de lo que es pasado y lo que es presente.

De todo esto, una de las conclusiones que saco es que, a la larga, es la ficción la que gana la partida; que, a la larga, son ustedes -los creadores, los escritores- quienes de alguna manera proyectan lo que ha sido una determinada época, e incluso hacia dónde va. ¿Qué piensa usted de eso?

Javier Tusell: Lo que puedo decir es que, siendo eso verdad, al mismo tiempo esa ficción (o esa *ficción con fundamento*) sirve para reconstruir el pasado, y quizá sirve para reconstruirlo -sin pretensiones megalómanas- científicamente. A veces no hay mejor documento que un texto literario. Por ejemplo, no ya la novela *Los santos inocentes* de Miguel Delibes, sino la película que se hizo sobre la misma, y la forma en que se hizo, están absolutamente vinculadas a la transición española. Es decir, que aunque haya documentos con mayor fundamento y más directamente utilizables, también un texto de ficción puede servir para reconstruir una realidad histórica, y reconstruirla objetivamente.

Público: Usted, como biógrafo, se habrá tenido que enfrentar a personajes que han querido silenciar aspectos de su vida, sobre todo por lo que respecta a la esfera de lo íntimo y de lo privado. ¿Qué derecho tiene el biógrafo de entrometerse en esas esferas?

Javier Tusell: Creo que tiene derecho, en general. No creo que se tenga que sentir coartado. La cuestión es que uno puede penetrar en una vida íntima, pero por su trascendencia. ¿Hasta qué punto la vida sexual tiene influencia en la vida política de un personaje político? No se sabe exactamente. Por ejemplo, yo estoy ahora escribiendo sobre Alfonso XIII. Pues hay un momento en el que coincide su fracaso matrimonial con su fracaso político. Era un rey muy querido y, a partir de determinado momento, deja de serlo. Ese momento coincide con el nacimiento de unos hijos enfermos, con el enfrentamiento con su mujer... Hay un fracaso a la vez personal y político. Yo creo que contemplar eso tiene sentido. Luego, me he encontrado con algo sorprendente en relación a esto. Sorprendente, porque los reyes no escriben: a los reyes se les describe; y cuando son ellos los que escriben, dicen cosas elementales. Pues bien, en el archivo no de Alfonso XIII, sino de su madre, he encontrado que cuando nació su primera hija recibió de tres extranjeros unas largas explicaciones sobre lo que tenía que hacer para engendrar varón (que era lo que estaba esperando): cómo se tenía que poner, etcétera. Y lo curioso es que tales explicaciones están en el Palacio Real, guardadas en un sobre que dice "Reservado". Pero se las guardó la señora; doña María Cristina se las guardó. La noticia en sí es grotesca, pero lo más grotesco es que esos tres personajes que explican el método luego piden la retribución. Uno dice: "Usted dirá lo que me

va a pagar, y págueme cuando haya conseguido el varón". Y hay otro que señala al final: "No, no me pague: condecoración". Y hay un tercero (por supuesto, francés), que habla en un lenguaje que pretende ser metafórico y que consigue ser profundamente pornográfico. Habla de los órganos sexuales como *el Gran Turco* y *el Bósforo*. Ya se puede uno imaginar qué son el Gran Turco y el Bósforo. Cuando escriba mi libro, voy a citar todo esto, porque me parece que proporciona una idea de inmensidad de las distancias. Esto pasó en 1880, es decir, hace 120 años. ¿Cómo, hace 120 años, podían pensar estas cosas los reyes, y creerlas?

En cambio, dedicar mucho texto a las amantes de Alfonso XIII no creo que le merezca la pena a un historiador que hable de Historia Política.